



1



2



3



1. FELIX HUARTE, NIÑO. 2. FELIX HUARTE, SU MUJER ADRIANA Y SUS CUATRO HIJOS, MARIA JOSEFA, JESUS, JUAN Y FELIPE EN SU FINCA DE PAMPLONA VILLA ADRIANA. 3. FELIX HUARTE CON SU HIJO JUAN PROBANDO UNA MOTO DE LAS QUE FABRICO. 4. EL MINISTRO DE TRABAJO JESUS ROMEO GORRIA, IMPONIENDOLE LA MEDALLA DEL TRABAJO, QUE RECIBE CON VISIBLE EMOCION. 5. EN SU JUVENTUD CON UN AMIGO PAMPLONICA.

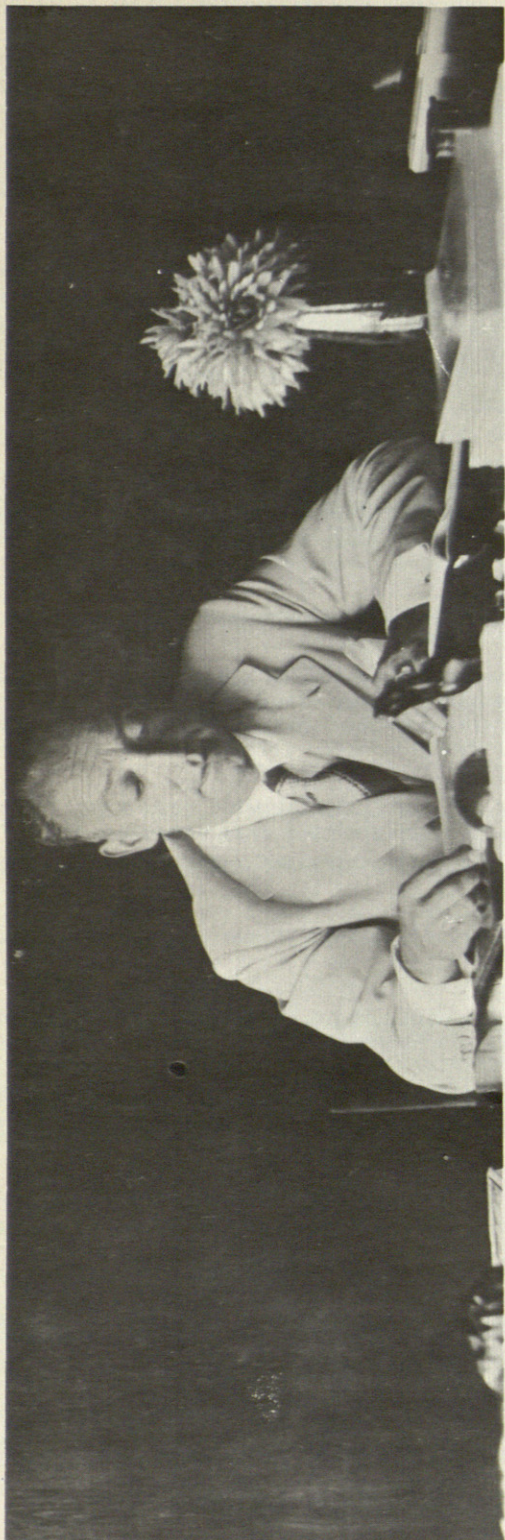


4

5



RECUERDOS PERSONALES



carrera instalaba su pequeño estudio en una habitación que le dejaban en la casa de sus padres. Con muchísima modestia, como es natural. Y a esperar que cayera algún cliente.

Con Javier Golfín tuve mucha amistad porque los dos vivíamos en lo que en Madrid llamábamos "el Barrio", esto es, el Barrio de Salamanca, él en la calle de Jorge Juan, esquina a Lagasca y yo en la de Villanueva, también esquina a Lagasca: los dos, como la mayoría de los chicos de aquel tiempo y de aquel barrio, fuimos juntos al "Pilar", el Colegio de los Marianistas de Nuestra Señora del Pilar. Y los dos, después, estudiamos Arquitectura: yo mucho más tarde, por determinadas circunstancias, de modo que, aunque éramos de la misma edad, cuando Javier terminó la carrera yo ingresaba en la Escuela.

Iba, por tanto, mucho por su casa para hablar con "todo un arquitecto", yo modesto alevín, de esta tan difícil y querida profesión. Y uno de los días que fui por allí tenía en su despachito una visita. Dos señores, uno corriente y otro más bien bajito.

Pensé: vaya ¡tiene suerte Javier, ya ha entrado un cliente! Me los presentó: no eran clientes, se trataba de dos pamplonicos Félix Huarte y Emilio Malumbres que venían a presentar oferta para la construcción de un edificio de la Dirección de Sanidad, en la plaza de España, y a quienes les habían recomendado a Javier para que los ayudara. Y allí, en el minidespacho de Javier Golfín de la calle Jorge Juan, hizo su primera propuesta, en Madrid, como contratista, la nueva sociedad Huarte-Malumbres.

Pasaron los años, Javier fue designado arquitecto del Ministerio de la Gobernación y el subsecretario de aquel Departamento, recuerdo que se llamaba Benzo, le hizo el encargo de una serie de Gobiernos Civiles en distintas provincias españolas, muchos de los cuales fueron contruidos por Huarte.

El año 1934, recién terminada la revolución de Asturias y como quiera que en Oviedo estaban haciendo el nuevo Gobierno Civil, nos fuimos en el coche de Javier, Huarte, un primo de Golfín, que con él trabajaba también en su estudio, y yo. Empezando por Oviedo, siguiendo a Santander donde hacían otro Gobierno Civil para terminar en Pamplona y visitar la obra de este mismo tipo que allí se construía.

Recuerdo que llegamos un sábado a la tarde: nos fuimos nosotros tres al hotel y nos citamos al día siguiente, nos dijo Huarte, en la misa de 12 de la, creo recordar, iglesia de San Ignacio.

Allí estaba el todo Pamplona y allí apareció Félix hecho un verdadero brazo de mar, para presentarse debidamente a sus paisanos.

Tuve ocasión de seguir con él el trato profesional, siempre de estudiante, con motivo del Concurso del Hipódromo de la Zarzuela, pues consiguieron convencer a Huarte los dos arquitectos Javier Golfín y Felipe Heredero y el ingeniero Carlos Fernández Casado para que se hiciera en las oficinas de la empresa, que estaban en la calle Recoletos.

Fue una experiencia que Huarte llevó algo a contrapelo, y era natural, porque el barro que se organiza con un concurso de arquitectura en el estudio de un arquitecto es de todos nosotros conocido y aceptado alegremente porque se trata de un trabajo realizado con bastante bohemia, con noches en claro y con mucho recuerdo a los años de la Escuela, en los proyectos de fin de carrera y, a los arquitectos, esto nos divierte bastante. Pero incrustar este demencial trabajo en una oficina de un constructor importante que ya entonces lo era y mucho, era complicar todo de un modo enorme.

A poco empezó nuestra guerra: al pobre Javier le fusilaron y cuando llegó la paz, yo quedé ya desligado de la casa Huarte y aunque veía a Félix de vez en cuando no volvimos a tener ninguna relación de tipo profesional aunque sí siempre una buena amistad.

A este respecto es curioso lo que nos pasó un día hace pocos años cuando visitamos la casa que a su hijo Jesús le habían hecho los arquitectos Molezún y Corrales. Nosotros fuimos a verla para que Gómez hiciera unas fotos para publicarla en esta revista. Apareció por allí Ramón Molezún y dijo, muy preocupado: Va a venir don Félix.

Porque para todos Huarte era don Félix. No para mí que le conocía a su llegada a Madrid. Así que apareció, saludó a unos y a otros y cuando me vio me dijo, dándonos un gran abrazo:

— ¡Pero qué gordo te estás poniendo! Hay que cuidarse.

Y alguno de aquellos amigos jóvenes me dijo.

— Chico, que confianzas tienes.

— Pues sí, las que da la edad.

De modo que cuando el Director de Arquitectura, al enterarse que había muerto me sugirió la idea de hacer un número dedicado a este hombre sin par, me alegré mucho, pusimos manos a la obra y hemos trabajado todos en esta publicación con nuestro mayor entusiasmo intentando hacer este pequeño homenaje que constituye este número al hombre que supo poner tan alto la noble tarea de construcción de edificios y que ha sabido, bajo su égida, llevar a cabo una labor de promoción de actividades culturales de la mayor calidad, que sus hijos han continuado con el mayor acierto como el mejor recuerdo a la memoria de su padre.

Allá por el año 1932 conocí a Félix Huarte, recién llegado de Pamplona, en el estudio del arquitecto Javier Fernández Golfín.

Por aquellos años los arquitectos tenían muy poco trabajo y por norma corriente, al menos aquí en Madrid, cuando uno terminaba su

CARLOS DE MIGUEL